

Despierta
y lee

Fernando Savater

Textos de contextos

ALFAGUARA



Índice

<i>Prefacio</i>	15
Pórtico: La tierra natal	23
PRIMERA PARTE: Tienes razón	
Ética de la alegría	29
Perplejidades éticas del siglo XX	40
Hacia una ciudadanía caopolita	47
Actualidad del humanismo	70
Imaginación o barbarie	75
Groethuysen: el antropólogo como historiador	80
Los caracteres del espectáculo	88
<i>Cándido</i> : el individuo sale de la historia	94
Expediente Wells	103
La derrota de Julien Benda	110
Ferlosio en comprimidos	116
Regreso a Erich Fromm	125
Un puritano libertino	130
La verdadera historia de Gonzalo Guerrero	135

Ángeles decapitados	158
---------------------	-----

INTERMEDIO: Cariños
cinematográficos

El rapto de la bestia	175
La dignidad de lo frágil	180
<i>Tiburón: veinte años después</i>	184
Groucho y sus hermanos	189
Buenas noches, doctor Phibes	193
El ocaso de los héroes	196
Jasón y los Argonautas	199
Nostalgia de la fiera	201

SEGUNDA PARTE: Que corra la voz

Boswell, el curioso impertinente	209
El emboscado de Vinogradov	214
Los ensueños de Hitler Rousseau	217
Con Borges, sin Borges	222
Vuelta a mi primer Cioran	225
Un exquisito de la amargura	232
Otra despedida	235
Elogio del cuento de fantasmas	237
Una joya tenebrosa	240
El caos y los dinosaurios	242
Brevísima teoría de Michael Crichton	245
Otra brevería crichtoniana	248

Pensar lo irremediable	250
Razones y pasiones de una dama	254
Para rescatar la intimidad	258
Cristianismo sin agonía	261
Contra la cultura como identidad	265
¿Mundo homogéneo?	269
El mago de las semblanzas	272
Dioses y leyes de la hospitalidad	276
Filosofía sin aspavientos	279
La terapia cartesiana	283
Insulto chespiriano	286
Guillermo el Temerario	289
Instituciones devoradoras	293
Izquierda y derecha	296
Hermano animal	299
África soñada	302
El extraño caso del señor Edgar Poe	305
Fracaso y triunfo del terror	310
Un contemporáneo esencial	313
El yanqui más irreverente	316
Polémicas	320
El animal más extraño	323
El misántropo entre nosotros	326
¡Viva Dario Fo!	329
Un príncipe de la filosofía	331

Los cabreados	334
Un vasco ilustrado	337
Los accidentes	339
Lo perdido	343
Adiós al pionero	346
Ideoclips	349

DESPEDIDA: Los muertos

La mayoría	357
------------	-----

Prefacio

Cuando yo comencé a escribir, siendo muy joven, estaba obsesionado por la *voluntad de estilo*. No sé dónde había aprendido ese estribillo, ni tampoco creo que tuviese medianamente claro lo que quería decir con él, pero no se me caía de la boca ni del bolígrafo: «¡Lo importante es tener voluntad de estilo! ¡La filosofía académica carece de voluntad de estilo! ¡En el ensayo lo que cuenta es la voluntad de estilo!», etcétera.

Empezó a curarme de esta tontuna un adversario fortuito que, polemizando conmigo, observó con tanta sorna como acierto: «A Savater la voluntad desde luego no le falta; lo del estilo, en cambio, ya es otra cosa». Y terminó por despejarme completamente una advertencia oracular de Verlaine: «Ante todo, evitar el estilo». En efecto, quienes se esfuerzan por tener un estilo, quienes padecen esa *voluntad de estilo* que antaño me pareció tan esencial, escriben pendientes no de lo que quieren decir —muy bien pueden no querer decir nada—, sino sólo de los efectos idiosincrásicos que producirá en el lector su forma de decirlo. Lo principal para ellos no es que el destinatario del texto comprenda lo dicho y lo valora, sino que sea muy consciente de que lo ha dicho Fulano. Y por tanto la voluntad de estilo no será otra cosa que el empeño que pone Fulano en ser enormemente Fulano, ese Fulano que él supone que debe

ser: Fulano el Gran Pensador, Fulano el Poeta, Fulano el Castizo, Fulano el Críptico, Fulano el Cachondo Deslenguado, Fulano el Rebelde, etcétera. No cuenta el asunto de que se escribe, no cuenta acertar o desbaratar, no cuenta ni siquiera lo literario como tal, sino que sólo cuenta Fulano. Fulano el Inconfundible... porque se confunde solo. Si me permiten el símil un tanto salaz, el voluntarioso estilista es como esos amantes que en lo más animado de la coyunda sólo piensan en lo inolvidable de la *performance* que están llevando a cabo y en el seguro arrobo que han de suscitar en quien lo comparte: por querer meterlo todo suelen meter también la pata.

Cuando abandoné la voluntad de estilo, me propuse algo más difícil todavía: escribir como todo el mundo. Es decir, como todo el mundo si todo el mundo supiera decir por escrito lo que piensa con perfecta naturalidad, tal como le apetece en cada momento, a veces de modo risueño, otras patéticamente, frío o cálido a voluntad..., pero sin voluntad estilística. No hace falta decir que tampoco este objetivo me ha sido concedido, aunque nunca he dejado totalmente de esforzarme por lograrlo. Al final la pereza decidió por mí y ahora mayormente escribo como me sale, procurando evitar tan sólo los más notorios despistes sintácticos o semánticos y no repetir tres veces la misma palabra en una sola línea. Lo cual también lleva su trabajo, justo es decirlo.

¿Mi relación con la prensa? Amor a primera vista, porque colaboro en ella desde los dieciséis años con tumultuoso entusiasmo. Dirigí durante un año la revista colegial *Soy Pilarista*, ocupación en la que se ejercitaron también por vez primera periodistas más ilustres. De esa etapa recuerdo que lo informal de

algunos de mis colaboradores me obligaba a sustituir las crónicas que no llegaban por apresuradas improvisaciones mías sobre materias que desconocía tan concienzudamente como el hockey sobre patines y que a veces firmaba con seudónimo. Esta forzada polivalencia motivó que algunos guasones sugiriesen cambiar el título de *Soy Pilarista* por un irreverente *Soy Savater*.

Pero mi paso definitivo al periodismo hay que achacarlo, como tantas otras desventuras que aún padecemos, a la dictadura franquista. Recién acabada la carrera de filosofía y nada más comenzar mi trayectoria como profesor, me vi expulsado de la Universidad Autónoma de Madrid y con escasas posibilidades de encontrar *venia docendi* en ninguna otra. Tenía veintitrés años y estaba a punto de casarme, de modo que intenté ganarme la vida aprovechando las dos únicas pasiones rentables que tengo desde pequeño: la lengua francesa y escribir. Traduje a Cioran, a Bataille, a Voltaire, a Diderot. Y también empecé a escribir más y más artículos. La orientación de estas piezas alimenticias la determinó un amigo de aquella época, el único periodista que yo conocía y que colaboraba en el diario *Madrid*. Acudí a él y le conté mis cuitas pecuniarias. «Bueno, ¿sobre qué querrías escribir?», indagó generosamente. Le dije que sólo me sentía competente en cuestiones hípicas y que me ofrecía para cubrir la crónica de carreras del diario, incluso yendo a las seis de la mañana a los entrenamientos en la Zarzuela si era preciso. Pero esa área tenía ya en el periódico un profesional asignado desde hacía años, de modo que como *second best* ofrecí la posibilidad de reseñar libros de pensamiento. Y así comenzó todo: fugazmente en el *Madrid* y luego en

Revista de Occidente, en *Informaciones*, en *Triunfo*..., sobre todo en *Triunfo*, donde por fin pude colocar las crónicas hípicas, que son mi verdadera vocación y lo mejor que he escrito en mi vida. Más tarde llegó *El País* y alcancé mi lugar natural, el espacio idóneo donde decir lo que a mi juicio podía y debía ser dicho por mí. Aquí sigo estando, porque ese espacio permanece abierto y más necesario que nunca. La verdad es que he tenido mucha suerte.

Alguna vez, creyendo ofenderme, han dicho de mí que yo no soy un filósofo, sino un periodista. A mucha honra. La verdad es que no soy un filósofo, sino un *philosophe*, con minúscula y si es posible en francés del ilustrado siglo XVIII. Cuando llegue el momento de separar el trigo de la cizaña, quiero que me envíen por indigno que sea junto a Montaigne, Voltaire, Camus o Cioran. Junto a Hegel o Heidegger me aburriría demasiado. Para ser filósofo no sólo me falta talento sino que me sobra guasa antiolemne o, si se prefiere, alegría escéptica. Suscribo plenamente lo que un tal Mr. Edwards comentó en cierta ocasión al Dr. Johnson, si Boswell no nos engaña: «Johnson, usted es un filósofo. Yo también traté en mi tiempo de ser un filósofo, pero no sé cómo la jovialidad siempre lo penetraba todo». La jovialidad hace que uno se lo pase *divinamente* (a fin de cuentas la palabra *jovial* proviene del nombre del dios máximo en el panteón clásico), pero quizá cierra el camino para la más alta filosofía, que es cosa grave o al menos de pronóstico reservado. Afortunadamente en cambio esa jovialidad no me ha impedido ser periodista, hasta diría que me ha ayudado a serlo más irremediabilmente.

La mayoría de los textos recogidos en este volumen —cuya extensión oscila desde bastantes pá-

ginas hasta unas pocas líneas— son artículos destinados a periódicos y revistas. Las excepciones las constituyen unas cuantas conferencias, algunos prólogos, un retazo biográfico y mínimas concesiones al apunte casual o al aforismo que incluyo no sin dubitaciones pudorosas. En general, este género llamado menor —me refiero al artículo de prensa— es el que practico con mayor agrado y creo que con menos desacierto. A él se aplica con particular justeza aquel precepto de Montesquieu que me parece admirable: «Para escribir bien, hay que saltarse las ideas intermedias: lo bastante para no resultar aburrido, pero no demasiado por miedo a que no nos comprendan». Quizá en alguno de los casos que ahora entrego a la benevolencia del lector he conseguido ese exquisito equilibrio.

A diferencia de otras de mis colecciones de escritos breves, motivados por urgencias políticas o polémicas sociales, los que forman esta reunión tienen su inspiración en libros o autores de libros (salvo unas cuantas remembranzas cinematográficas a modo de interludio, para que los entusiastas de lo audiovisual no se sientan del todo desplazados). Claro que tomar los libros como punto de partida no es nunca limitarse a ellos y cada testimonio de lectura se prolonga en una mirada sobre la política actual, sobre la historia, sobre la ciencia o sobre nuestras costumbres. Incluso sobre la ética y la metafísica de nuestra aperreada condición. Los que siempre se escandalizan de mis tránsitos apresurados desde la cultura de élite hasta los géneros más populares tendrán nuevas ocasiones de llevarse las manos a la cabeza (si es que la tienen). Quiero dedicarles la siguiente anécdota.

En junio de 1997 tuvo lugar en la Sorbona una jornada internacional sobre Bernard Groethuyzen, a la que contribuí con una ponencia que incluyó en la primera parte de este libro. Después tuvo lugar un almuerzo presidido por la rectora de esa venerable universidad, al que asistieron los más destacados participantes, entre ellos Jean-Toussaint Desanti, el octogenario maestro de la fenomenología y la filosofía de la ciencia, que había sido amigo personal de Groethuyzen. En un momento de la comida saltó a la palestra el tema cinematográfico y un profesor italiano abogó por la defensa del cine culto europeo frente a los engendros del comercial populismo americano, representados para él por *Parque jurásico*. Dispuesto como siempre a morir de ridículo por lo que amo, salí en defensa de los dinosaurios de Spielberg. Merecí atónitas miradas de conmiseración pero también el inesperado apoyo de Desanti, al que la película le había encantado. «Hasta me compré una corbata de dinosaurios y todo», comentó chupando beatíficamente su pipa. Me sentí redimido. Si alguien tan respetable como Desanti puede ponerse corbata de dinosaurios, los que somos mucho menos respetables no podemos hacer demasiado mal a nadie hablando con elogio de ellos...

¿Es lícito componer un libro con textos breves pensados para otro tipo de publicaciones? El único requisito que pone para ello Jean-François Revel en sus estupendas memorias —*Le voleur dans la maison vide*— es el de escribir cada página, cualquiera que sea su destino inmediato, teniendo en mente que antes o después formará parte de un libro. Tal es precisamente mi caso, de modo que me considero disculpado. Para esta edición he retocado todo lo que antes

publiqué (incluyo también varios inéditos) hasta tal punto que a veces el texto conocido se ha convertido en algo realmente diferente. En otras ocasiones me he limitado a añadir una cita, una precisión o una malicia que me vedaron las exigencias de espacio o tono de la prensa diaria. Son a modo de bombones que ofrezco como premio de consolación a los fieles que ya los han leído y vuelven ahora a reincidir.

Me alegra por fin entregar a mi viejo amigo y actual editor Juan Cruz, que tan cariñosa diligencia ha puesto en la reedición de mis obras anteriores, un libro que puede considerarse en cuanto tal completamente nuevo. Si pertenece a la buena o a la mala cosecha, son otros los que tienen que decirlo.

F. S.

San Sebastián, 6 de septiembre de 1997